

Jose Antonio Miralla, un discípulo del Deán Funes en la independencia de Cuba

La evocación del personaje.

En 1960 la República de Cuba dispuso rendir un homenaje nacional a los países que entonces celebraban el sesquicentenario de su revolución emancipadora, esto es México, Colombia, Venezuela, Chile y Argentina. La Comisión designada a ese efecto eligió sendas motivaciones históricas que de alguna manera aludían a los vínculos históricos de Cuba con cada una de las naciones homenajeadas. En el caso de Argentina, la distinción recayó en la persona del cordobés José Antonio Miralla, quien vivió su niñez y adolescencia en la ciudad de Córdoba en los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX.

El interés por conocer su vida y su trayectoria se ha debido sobre todo a su producción poética; sin embargo, la mayor parte de su tiempo y de sus empeños fue dedicada a la acción política en favor de la emancipación continental. Si bien sus méritos literarios acreditan la atención de que ha sido objeto, es esa otra labor, la de revolucionario, la de mayor significación histórica; no obstante, es la menos conocida. Los pocos estudios existentes sobre este aspecto de su vida se deben sobre todo a la atención que sobre él han puesto autores extranjeros, cuyos trabajos no han trascendido el ámbito de sus propios países, precisamente aquéllos donde el cordobés desplegó su actividad.

El desinterés en Argentina por su figura de político y de revolucionario debe

ubicarse, en nuestra opinión, en el contexto de una historiografía nacional que no ha puesto mayor atención en aquellos hombres y acontecimientos que hicieron de la causa revolucionaria continental una empresa tan digna como lo fue la de dimensión nacional. Las corrientes historiográficas orientadas a cimentar un concepto de la nacionalidad a partir de los principios centralistas en el orden local y aislacionistas en el orden internacional latinoamericano, que han predominado aún hasta ahora, han contribuido a desestimar estos aspectos, considerados irrelevantes o intrascendentes.

Otros países latinoamericanos ya han registrado y colocado en su sitio a quienes cumplieron con esa tarea primigenia en su ámbito -como lo fueron Francisco de Miranda para Venezuela, José María Torres Caicedo para Colombia, Juan de Egaña para Chile- lo que hace más evidente la importancia de rescatar la figura de Miralla y colocarla entre estos precursores de la solidaridad y de la integración.

El estudio de su vida y su obra.

La personalidad de Miralla fue revelada para Argentina por Juan María Gutiérrez, quien publicó un artículo sobre su vida en Santiago de Chile, en 1860, y años más tarde otro en Buenos Aires. Gutiérrez se interesó por él al descubrir sus valores literarios. Antes, Benjamín Vi-

cuña Mackenna se había referido a algunos aspectos de la vida de Miralla. Por entonces las referencias biográficas eran muy vagas, tanto que se ignoraba el lugar de su nacimiento. En 1874 el mismo Gutiérrez volvió a ocuparse de él en la Revista del Río de la Plata, en un artículo que tituló *Un forastero en su patria*, poco después reproducido en la Revista Cubana. En 1898 Roberto Suárez trató de sus andanzas en los Estados Unidos en unas notas publicadas en la Revista Nacional, de Buenos Aires.

¿Cómo llegó a conocimiento de Gutiérrez, por entonces Rector de la Universidad de Buenos Aires, la figura de Miralla? Aunque la crónica no lo ha consignado hasta ahora, arriesgamos la hipótesis de que se debió a las referencias que le acercó Florentino González, un colombiano que Gutiérrez contratara como Profesor de Derecho Constitucional para la Universidad de Buenos Aires, con lo que el mencionado González se constituyó en el primer catedrático de esa materia en una universidad argentina. Éste había conocido a Miralla en su juventud, en Bogotá, al recibir de él lecciones de idiomas extranjeros, forma en que el cordobés se ganaba la vida por entonces, en la segunda década de aquel siglo. Refuerza esta hipótesis que por los años de la llegada a Buenos Aires del constitucionalista, Gutiérrez preparaba su *América Poética*, una antología de la poesía de este continente, para la cual recopilaba poemas que obtenía de sus correspondientes y amigos residentes en diversos países latinoamericanos. Gutiérrez incluyó poesías de Miralla en su obra, quizá alcanzadas por González.

Varios autores peruanos, colombianos

y cubanos han registrado su paso por sus respectivos países, revelando fragmentos de su vida, inconexos entre sí. Ya en este siglo -el XX- su perfil ha quedado bien delineado a través de dos biografías bastante exhaustivas. La primera la debemos al argentino Eduardo Labougle Carranza, cuya primera edición es de 1924, y la segunda, a nuestro juicio la más completa, al cubano Francisco Ponte Domínguez, editada en 1960.

Su etapa cordobesa. El padrinazgo del Deán Funes.

Vio la luz Miralla en 1790. Fue hijo de Francisco Miralla y de su segunda esposa, María Elena Molina, «de la clase principal», según lo consigna el acta de bautismo de la Iglesia Catedral de Córdoba. Muy pronto quedó huérfano, y fue entonces cuando recibió el apoyo y la protección del Deán Gregorio Funes, quien se convertiría también en su maestro. Es significativa la vinculación de estas dos figuras, pues Funes, ya en los últimos años de su vida, encontraría también una manera de servir a su país y de contribuir al acercamiento entre las naciones sudamericanas actuando como agente de Colombia en la Argentina donde, precisamente, Miralla constituiría su hogar y su familia. Como es sabido, Funes abrazó en sus años finales la causa bolivariana de la emancipación continental, al igual que Miralla; aunque resulta seductora, con tan pocos datos es aventurada la hipótesis de que fuera el propio Funes, en fecha tan temprana como la primera década del siglo XIX, quien infundiera tal ideario en el adolescente Miralla, con lo que estaría-

mos presumiendo que el Deán pudo ser el verdadero precursor de ese pensamiento en territorio argentino.

Según las descripciones que nos han llegado de su figura y el retrato que hemos contemplado en el Museo Histórico Nacional, era Miralla de color trigueño, característica que era más común que ahora en los cordobeses. Niñez y adolescencia transcurrirían, entonces, en esta Córdoba que ya ofrecía, con cierta timidez y reticencia, algunos atisbos de las profundas reformas que el nuevo siglo traía consigo, pero que a la vez se aferraba a viejas tradiciones y era reacia a aceptar las imposiciones extrañas o en las que no hubiera tenido papel protagónico. La personalidad del muchacho debió tener en ese ámbito una forja singular, con intereses encontrados y en el que dos concepciones del mundo entraban en conflicto, como si los cálidos aires serranos se enfrentaran en abierta colisión sobre su cielo con los vientos refrescantes que le venían desde el mar algo lejano.

Córdoba debió obrar, se nos ocurre, un doble efecto sobre su espíritu. Situada en el corazón del país, donde las raíces indígenas e hispánicas conformaban una desapareja mixtura cultural, el entorno debió darle el sentido de pertenencia a un mundo definido por esas condiciones humanas, y que nos asemejaba y hermanaba con la mayoría de los pueblos hispanoamericanos; esto pudo ocurrirle de manera intuitiva, pues por entonces no se predicaba ni reconocía tal identificación. Pero, por otra parte, la vocación tradicionalista y paternalista de esta sociedad debió obrar el efecto contrario, hasta hacerle comprender que en ella no lograría el eco y el ambiente adecuados para

llevar a un plano de conciencia la proyección continentalista de la sociedad colonial.

En Buenos Aires.

Miralla buscó, en consecuencia, los nuevos aires de la ciudad capital. En 1805 se encontraba estudiando en el Colegio de San Carlos, al que ingresó protegido siempre por el Deán Funes, para que hiciera cursos de filosofía con Juan Manuel Fernández de Agüero. En 1808 asistía al curso de Teología de Luis José Chorroarín. En Buenos Aires fue testigo de las invasiones inglesas y de la conmoción en que se debatía el virreinato, donde ya circulaban sin recato las ideas renovadoras. No debió ocultar sus simpatías por el creciente y calificado partido liberal, que repetía allí las consignas ideológicas nacidas en Europa y que estaban convulsionando aquel continente. Asistió al espectáculo de las disputas entre éstos y los representantes del partido español, y aún de ciertos afrancesados que esperaban encontrar apoyo en un virrey de origen galo que no había ocultado su admiración por Napoleón Bonaparte. Vio entonces cómo se repetían y reflejaban en Buenos Aires las incidencias y vicisitudes originadas en Europa, aunque alteradas y deformadas en el caleidoscopio de una colonia con pretensiones cosmopolitas, y en la que los intereses mercantiles tornaban advenedizos a quienes, al decir de Manuel Belgrano, no tenían más patria ni más rey que el propio lucro. El escenario le permitía, pues, avizorar el sentido continental y aún inter-continental que adquiriría el proceso de emancipación de su país.

En Buenos Aires, Miralla hizo amistad con un platero genovés, José Boqui, y por los mismos días en que se producían los sucesos de mayo de 1810 ambos viajaron hacia la capital del Perú. Para facilitar los trámites del traslado y presentarse a las autoridades españolas en Lima, Boqui declaró que Miralla era su hijo, y con esa filiación éste actuaría luego en aquella ciudad.

En Lima.

Gobernaba el virreinato peruano don José Fernando de Abascal, quien por entonces se mostraba alarmado por el avance de las ideas liberales en los dominios españoles, y no ocultaba sus recelos hacia las autoridades españolas de Cádiz, que abrían cauces a esas corrientes. No debe extrañar entonces que cuando tuvo conocimiento de los sucesos de abril en Caracas y de mayo en Buenos Aires, el virrey adoptara firmes medidas de tono absolutista para impedir que las nuevas ideas se introdujesen en su propio virreinato. Abascal tenía fundados motivos para temer que en Lima se produjesen sucesos semejantes a los de otras ciudades, y puso su mayor empeño en evitarlos. Por muchos años, la vieja capital se convertiría en uno de los centros de resistencia y de irradiación de la reacción contra los programas revolucionarios. Fue montado un estricto aparato policial para coartar y reprimir cualquier conato de subversión. No obstante, las ideas renovadoras, aunque no separatistas, se desarrollaron subterráneamente en la ciudad, en reuniones sigilosas o aún en otras de apariencia festiva, en las que los descontentos se dieron cita.

Boqui y Miralla no tardaron en incorporarse a estos círculos, participando en las reuniones que se realizaban en la casa de Ramón Eduardo Anchoris. En setiembre de 1810 cayeron en una redada, y fueron llevados a prisión; fue la primera experiencia del futuro revolucionario. Las reuniones conspirativas, la persecución policial, el encierro en prisión, el proceso judicial, todo ello debió provocar en su mente y en su espíritu una profunda conmoción que serviría para moldear su personalidad y aquilatar sus ideas.

En el Real Acuerdo de Justicia que se formó para dictaminar en la causa participó un personaje clave para la vida futura de Miralla. Se trataba de don José Baquijano y Carrillo, Conde de Vistaflorida, quien participó en el juicio como diputado. Gozaba éste de una riesgosa fama por haber hecho, poco tiempo atrás, severas críticas al gobierno español en ocasión de pronunciar una oración fúnebre por la muerte de Carlos III, y por tal motivo había sido convocado a España para que allí moderara sus ideas en el complaciente ambiente de la Corte.

Los inculpados fueron absueltos, pero con la obligación de trasladarse a Cádiz, para alejarlos del foco rebelde. Baquijano tomó interés por el joven Miralla, y por su influjo fue suspendida la expulsión. El Conde asumió la protección del cordobés, posibilitando así que éste adelantara en su formación intelectual; fue así que Miralla desarrolló exitosamente estudios de medicina en el Colegio de San Fernando, obteniendo el título de Bachiller en Medicina en menos de dos años. La afinidad entre ambos se estrechó durante ese tiempo, hasta que Miralla pasó a ser el secretario particular del noble. Baquija-

no recibió un espaldarazo al ser nombrado Consejero de Estado en el gobierno de la Regencia liberal. Ya por entonces protector y protegido se habían embanderado decididamente por el constitucionalismo, y ello seguía provocando los recelos del virrey absolutista. El nombramiento determinó el traslado de Baquijano a España, y allí fue también Miralla en su compañía, no como un desterrado según rezaba el dictamen judicial de dos años antes, sino como digno secretario de un ilustre Consejero del reino. Quién sabe si las coyunturas vitales condujeran a la conjunción de ambos. Baquijano había padecido el destierro por sus ideas, luego se había condolido de un joven y evitado que sufriera el mismo castigo por idéntico motivo, y ahora ambos se dirigían al lugar que antes les había sido destinado como cárcel para continuar la prédica de sus ideales.

En España.

Luego de breves estancias en Panamá y Jamaica, los viajeros llegaron a España cuando ya los invasores napoleónicos se batían en retirada. Poco después se restablecía el absolutismo, con lo que la estrella de Baquijano -y en consecuencia la de su protegido- amenazaba con empalidecer nuevamente. Sin embargo, el Ministro de Estado incorporó a Baquijano al Consejo de Estado, aunque para desgracia de éste, pues el cargo le traería nuevos sinsabores; en efecto, terminó desterrado a Sevilla como castigo a sus incesantes reclamos en favor de la situación de los americanos, para los que pretendía su igualdad cívica con los españoles penin-

sulares.

A la llegada de Miralla a España, el régimen español se reacomodaba luego de la usurpación francesa. Mientras algunos de los liberales y afrancesados trataron de capear el temporal, otros se mimetizaron para obtener o mantener sus cargos en el nuevo régimen, y no faltaron quienes sucumbieron ante la represión fernandina. Los restantes optaron por un prudente exilio. Era el momento del triunfo de los «serviles», tal como los liberales llamaban a los del partido incondicional del rey, con evidente ánimo denigrativo.

El cordobés fue espectador de estos violentos cambios y sufrió especialmente la situación desairada en que quedó su protector. Aunque mantuvo una actitud cautelosa y expectante, no dejó de aprovechar oportunidades para defender los derechos de los americanos. Por entonces, tenía la ilusión de que era dentro de la misma metrópoli donde podía desenvolver sus ideas y luchar por la causa continental. Así, expuso sus pensamientos en la prensa madrileña, con lo que quedó en descubierto ante el gobierno. Cierta discurso de un funcionario, que calificaba a los americanos como «hombres de oscura raza, reputados por una casta peor que la de los negros», excitó su ánimo y lo impulsó a combatir esas expresiones en varios artículos periodísticos. Sin embargo, la experiencia le demostró que ése no era el escenario apropiado para sus proyectos; se sentía incómodo, incomprendido y en peligro. Decidió, en consecuencia, continuar su periplo, y eligió como destino a la isla de Cuba, donde cundían las ideas del liberalismo y se incubaban planes revolucionarios.

En Cuba.

En 1815 se radicó en La Habana, encontrando un medio de vida en el comercio de importación. La isla tenía en esa época una posición singular dentro del imperio español. Poseedora de fuertes emplazamientos militares y de astilleros que proveían y mantenían a la flota española en América, era un bastión del legalismo monárquico instalado a un paso de las colonias revolucionadas, y por tanto un objetivo que observaban con cuidado los rebeldes de México, Costa Firme y Nueva Granada. A su vez, los Estados Unidos habían obtenido allí posiciones comerciales hegemónicas, siendo el primer punto en el que superaron decididamente la competencia británica en su avance sobre los dominios españoles.

Había por entonces en Cuba tres sectores de opinión en cuanto al destino de la isla. Unos estaban por la total independencia, otros por la conservación como dependencia española y otros por llegar a entendimientos con los Estados Unidos, uno de los cuales era la anexión. Para un comerciante, nada mejor que esta última alternativa. Sin embargo, el entonces comerciante Miralla entró en contactos con los que optaban por la primera. Desde entonces, Cuba sería el asiento de sus actividades, y desde allí iniciaría su campaña encaminada a entrar en relación con revolucionarios de otros países. Pronto se incorporó a la Real Sociedad Patriótica, una de aquellas entidades que constituyeron núcleos desde los que partieron programas decididamente revolucionarios. El ideario de todas ellas comprendía el progreso de las artes y las ciencias, el desarrollo económico a través de progra-

mas concertados para promover la producción industrial y el aprovechamiento de los recursos naturales, todo ello dentro de un sistema que asegurara un beneficio para toda la población.

Miralla propuso entonces que se fomentara la formación de una flota mercante en Cuba, la inmigración de población blanca, la implementación de medidas contra el contrabando y la piratería y la distribución de tierras a los agricultores. En 1818 fue designado Secretario de la Casa de Beneficencia, destinada a la asistencia de los niños huérfanos. Por entonces era notoria su pertenencia a la Logia denominada Institución Orgánica de la Moralidad, de la que recibió la dignidad de Grande Orador.

Nace el revolucionario.

Hacia 1820 Miralla había logrado un ascendiente en la sociedad cubana gracias a su ponderación y a su altruismo. Ocupaba también un lugar destacado en los círculos literarios y gozaba de la amistad fraternal del gran poeta cubano José María de Heredia, con quien lo unían también idénticos sentimientos en favor de la liberación de la isla. El restablecimiento de la constitución de Cádiz y el retorno del liberalismo en España abrieron una nueva instancia para la suerte de Cuba, en especial para aquellos que se mantenían expectantes y atentos frente a los sucesos revolucionarios del continente americano. Las fuerzas de atracción de los centros revolucionarios de México y Colombia eran poderosos, pero consistían sobre todo en el influjo ideológico y de tono romántico. En tanto, las que se ejer-

cían desde los Estados Unidos tenían un valor material incontrastable. Todo consistía en saber si triunfaría el idealismo o el pragmatismo, o aún si el restaurado constitucionalismo español podía ofrecer una alternativa intermedia que hiciera posible la conservación de la isla para la Corona borbónica. Fue así que se dio en Cuba el espectáculo inédito de las manifestaciones populares, y fue en estas ocasiones cuando Miralla adquirió toda su dimensión de hombre político. Hasta entonces sus escritos, sus arengas, sus acciones, toda su actividad de hombre público se había circunscrito a los círculos de intelectuales, a las reuniones de iniciados en la empresa de transformación. Había llegado el momento de exponer abiertamente las opiniones, de expresarlas ante el público y de recabar y formar opinión. En rigor, las intervenciones de Miralla contribuyeron a que las cuestiones fuesen debatidas con serenidad y meditación. Amigo y admirador del ecuatoriano Vicente Rocafuerte, adoptó su cartilla revolucionaria titulada *Ideas necesarias a todo pueblo americano que quiere ser libre*.

En los Estados Unidos.

Los dos años de trabajo en favor de la independencia cubana condujeron al grupo revolucionario a la convicción de que el movimiento no tenía posibilidades de triunfar si no contaba con ayuda proveniente del exterior. Miralla decidió entonces dirigirse a los Estados Unidos en busca de apoyo. Entró allí en contacto con Joel Poinsett, quien en 1811 había sido enviado por su gobierno a Buenos Aires

y había trabajado por la causa de la independencia en Chile. Fue acogido también por George Ticknor, prestigioso literato conocedor de sus dotes poéticas; fue por su intermedio que Miralla consiguió una entrevista con Thomas Jefferson.

Jefferson era un decidido expansionista; en ese sentido, estaba convencido que la isla de Cuba era una prolongación de la península de la Florida, y como tal debía incorporarse a los Estados Unidos, al igual que lo había hecho con la Luisiana durante su presidencia. Pero creía también que la incorporación no debía ser inmediata, sino que había que esperar la oportunidad, debiendo quedar en tanto en posesión de España, nunca independiente. De ese modo estaría exenta de las acechanzas de los principios anti-esclavistas de las nuevas repúblicas americanas y evitaría que Gran Bretaña copara un estratégico centro para la introducción de manufacturas en el continente. En resumen, Cuba debía seguir siendo española hasta que pudiese ser norteamericana.

Miralla llegó al pequeño mundo jeffersoniano de la esclavista hacienda virginiana de Monticello, en 1823, convencido de que el patriarca estaría dispuesto a dar su aval a la empresa independentista de Cuba, y que así lo recomendaría al entonces presidente Monroe. No conocía, claro está, los documentos reservados y la correspondencia privada de los políticos estadounidenses, que contemplaban un destino bien diferente para la perla de las Antillas.

Paradójicamente, el beneficiado con la entrevista fue el viejo político, y no el joven argentino que demandaba su ayuda. Porque por entonces Gran Bretaña había tendido un lazo difícil de resolver para los

Estados Unidos, al proponerle una declaración conjunta de que ambos gobiernos respaldarían la independencia de las naciones emancipadas de España, y no admitirían su incorporación o su relación de dependencia hacia ninguna otra nación. La inteligente proposición de Canning apuntaba, obviamente, a forzar a los Estados Unidos a renunciar a su política expansionista o a descubrir su juego ante las solicitudes de los revolucionarios criollos. El Presidente y su Secretario Henry Clay coincidían en sostener las independencias ya obtenidas, pero de ninguna manera querían solidarizarse con Gran Bretaña en la declaración de no ingerencia en los antiguos dominios españoles. Ya la teoría del derecho natural a la seguridad se había afirmado como base de una pretendida necesidad de los Estados Unidos a extender sus fronteras, hasta asegurarse que no tenía vecinos peligrosos o molestos. Cuba independiente, con la consecuente abolición de la esclavitud, sería un vecino tan molesto como peligroso, al aparecer como el antimodelo de la economía esclavista norteamericana. En tanto, una Cuba británica constituiría una presencia inquietante de la poderosa enemiga en las mismas barbas de su territorio nacional.

Jefferson averiguó de Miralla todo lo que quería saber sobre las fuerzas políticas de la isla. Supo que no había partido importante en favor de la incorporación a Gran Bretaña, y que los independentistas preferían seguir sometidos a España antes que entregarse a aquella potencia. Supo también que no era intención de los revolucionarios modificar el régimen de la propiedad privada, y que no era cierto que España protegiera el contrabando y

la piratería. En cambio, el virginiano no satisfizo en nada las expectativas del cordobés; nada le prometió ni mostró interés en colaborar con la revolución. La entrevista fue un fracaso para Miralla, y en cambio fue útil a Jefferson.

Por entonces, el estadista había sido consultado por el presidente sobre la actitud que debía adoptarse ante la propuesta de Canning. Luego de su entrevista con Miralla, escribió a Monroe que debía actuar con firmeza, sin entrar en ningún acuerdo con los británicos, en la confianza de que la situación de Cuba se resolvería con el tiempo. «Yo confieso cándidamente -le dijo en su carta del 24 de octubre de 1823- que tengo siempre puesta la mirada sobre Cuba como la más importante incorporación que pueda ser siempre hecha a nuestro sistema de Estados.» Los autores coinciden en asignar a la opinión del ex-presidente una influencia determinante en la decisión del gobierno, que concretó toda la estrategia continental en la famosa Doctrina Monroe.

Miralla comprendió entonces que los Estados Unidos no eran partidarios de la independencia latinoamericana sino en cuanto ello convenía a sus planes de instalación en el continente y a la eliminación de la presencia europea.

En Venezuela y Colombia.

El siguiente paso para obtener ayuda en favor de la independencia cubana fue recurrir a Bolívar. Todavía en los Estados Unidos, Miralla se contactó con revolucionarios de diversos países que se habían nucleado en un Comité Revolucionario, con sede en Nueva York, el que decidió

enviar una Comisión para entrevistar al Libertador venezolano. Miralla encabezó esa Comisión. Precisamente la Gran Colombia era la expresión más importante de la concertación revolucionaria, al unir en una Confederación a la Nueva Granada, Venezuela y Ecuador, y al patrocinar una magna Asamblea de todas las naciones emancipadas, la cual se reuniría en Panamá en 1826 bajo la advocación bolivariana. Pero para entonces Bolívar estaba en campaña al sur, y los comisionados fueron entonces en procura de Santander, que lo reemplazaba.

En Bogotá, Miralla encontró una nueva patria. Santander y su Ministro Gual dieron cordial acogida a la comitiva, y juntos trazaron un plan de acción cuyo objetivo era la independencia de Cuba. Todos convinieron en que Miralla permaneciese en Bogotá, en carácter de agente de los cubanos, en tanto el resto regresaba. Debía esperarse el momento oportuno. Miralla alternó entonces en los salones literarios y se casó con una dama bogotana, María Elvira Zuleta. Incursionó en el periodismo y en la enseñanza de idiomas -conociendo así a Florentino González-, fue profesor en el Colegio de San Bartolomé y miembro conspicuo de la Sociedad Filantrópica, de cuya sesión inaugural fue aplaudido orador. En una de sus disertaciones ante la culta sociedad santafereña proclamó con orgullo ser «un indio del Tucumán». El gobierno le ofreció una situación desahogada, designándolo Oficial de la Secretaría de Relaciones Exteriores. El indio del Tucumán se había convertido en un agente de la Cuba revolucionaria y en un funcionario de la Cancillería gran-colombiana.

Sin embargo, el tiempo transcurrió sin

que el proyecto adelantase. Eso hizo a Miralla cambiar la mirada hacia México, que después del ensayo monárquico de Iturbide se encaminaba con Guadalupe Victoria hacia un franco republicanismo. El Embajador mexicano en Colombia, Torrens, dio entusiastas esperanzas a Miralla. Las activas gestiones de éste, alentado por la perspectiva de la ayuda mexicana, terminaron por movilizar a Santander, quien aceptó contribuir a la formación de una flota de mar. Las sombras de las sospechas, empero, empañaron las tratativas, pues en México el ministro Alamán planeaba anexionar Cuba a su país, y de esto tenía conocimiento Santander. Miralla se esforzó en disipar los recelos y en convencer a sus interlocutores que el propósito no debía ir más allá de la liberación de la isla. Con esa esperanza se embarcó rumbo a México, en un nuevo y último viaje.

México.

Tocó suelo mexicano a mediados de 1825. Mientras desde Veracruz se dirigía hacia el interior del país, rumbo a la capital, desde ésta salía a su encuentro su amigo José María de Heredia, para darle la buena nueva de la favorable disposición de Guadalupe Victoria, resuelto a superar todos los inconvenientes que se oponían a la expedición liberadora. Desde su partida de Córdoba de la Nueva Andalucía habían transcurrido veinte plebiscitarios años, y desde aquel suelo meridional y mediterráneo llegaba ahora, luego de andar tanto camino, muy cerca de aquella otra Córdoba, en el septentrión tropical, en tierra mexicana. Y allí quiso

el destino que terminaran sus jornadas. En Jalapa contrajo «fiebres malignas», y poco después moría en Puebla de los Angeles. Era el 4 de octubre de 1825.

Con la muerte de Miralla la independencia de Cuba perdió a uno de sus más firmes propulsores. Dos meses después caería el golpe de gracia para los que seguían alentando el ideal: el Secretario de Estado norteamericano, Henry Clay, comunicó amenazadoramente a los representantes de México y Colombia que los Estados Unidos no aceptarían una expedición sobre Cuba. Un capítulo de la revolución de independencia había llegado a su fin.

En síntesis, puede afirmarse que Miralla perteneció a la clase de los dirigentes revolucionarios de mayor visión prospectiva, de aquellos que estaban convencidos que la libertad sólo estaría asegurada cuando la emancipación fuese de todo el continente.

EDMUNDO HEREDIA
director del CEA e
investigador del CONICET

BIBLIOGRAFÍA SOBRE JOSE ANTONIO MIRALLA

Archivo Nacional de Cuba. *José Antonio Miralla y sus trabajos*, Compilados y ordenados por el Dr. Francisco J. Ponte Domínguez, La Habana, 1960.

Congreso de la Nación. *Archivo del Doctor Juan María Gutiérrez*, Buenos Aires, Biblioteca del Congreso de la Nación, 1974-1984.

Juan María Gutiérrez, "Don José Antonio Miralla", en *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*, Año IV, N° 40, Buenos Aires, agosto de 1866.

- "Un forastero en su patria. Noticias sobre D. José Antonio Miralla", en *Revista del Río de la Plata*. Tomo X. Buenos Aires, 1874.

Edmundo A. Heredia, "Primeras misiones integracionistas latinoamericanas (1810-1826)", en *Anuario de Estudios Americanos*, L, 2. Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-americanos, 1993.

Antonio Iraizoz, "Un precursor olvidado: El argentino José Antonio Miralla. Su amistad y relaciones políticas con José María Heredia", en *Cuba Contemporánea*, Año XI, Tomo XXXI, N° 124, La Habana, abril de 1923.

- "Un precursor olvidado. El argentino José Antonio Miralla". En *Boletín de Historia y Antigüedades*, Año XIV, N° 165, Bogotá, junio de 1924.

Eduardo Labougle, *José Antonio Miralla. Poeta argentino precursor de la independencia de Cuba. Sus viajes en el Perú, España, Cuba, Estados Unidos, Colombia y México*, La Habana, 1960.

- *José Antonio Miralla. Poeta argentino precursor de la independencia cubana. Su verdadero fin*, La Habana, 1952.

Francisco J. Ponte Domínguez, *José Antonio Miralla y Cuba. Ensayo de biografía política*, La Habana, 1960.

Julián Vivanco, *José Antonio Miralla, precursor de la independencia de Cuba*, La Habana, 1960.

Neptalí Zuniga, (Prólogo y Notas), *Rocafuerte y la república de Cuba*, Quito, 1947.